



NOCHE DE BRUJAS

BENITO DE LA CRUZ



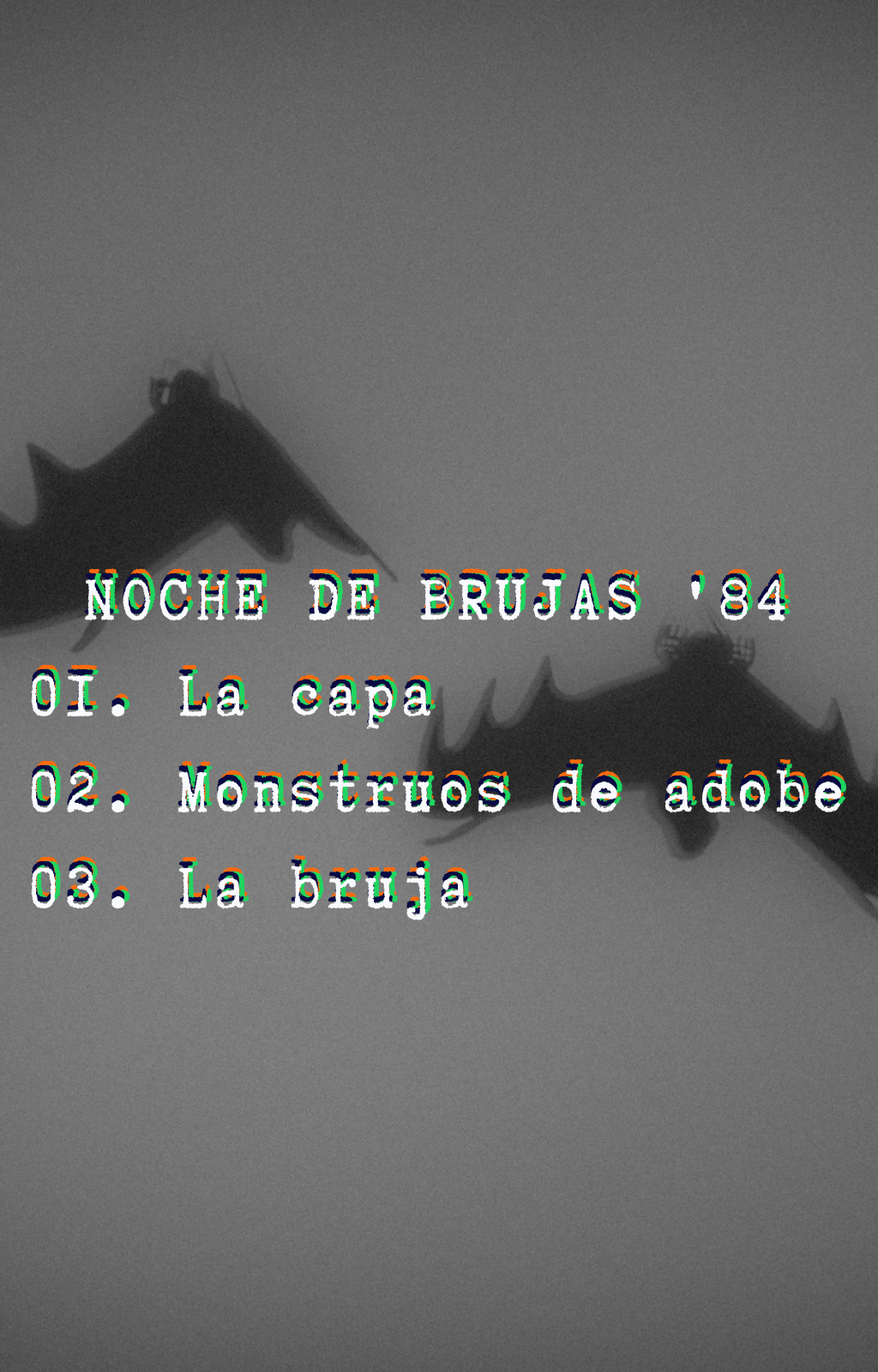


editorialdwarfworks.com
© 2025. All rights reserved.

MUCHE DE BRUJAS

34

DWARF
WORKS



NOCHE DE BRUJAS '84

01. La capa

02. Monstruos de adobe

03. La bruja



PARTE PRIMERA



Ese triste sábado de Halloween, sin niños escondiendo sus caras detrás de máscaras baratas de demonios, mi único plan era hacerme un poco más daño.

Pensaba poner El cadáver de la novia en Netflix y ahogar el llanto en refresco de dieta, chocolates rellenos de crema de cacahuete, café amargo y quizá una cerveza tibia sin palomitas. Todo por orden de aparición.

A veces extraño la sensación de meter un VHS al azar y descubrir algo horrible o maravilloso sin buscarlo demasiado. Ahora solamente paso horas subiendo y bajando entre menús infinitos sin encontrar nada.

Por muchos años pensé que un tordo solamente era un ave de plumaje cenizo. Después descubrí que también puede ser un caballo.

Un animal cuyo color nunca termina de decidirse entre el blanco, el negro o el café.

Ave.

Caballo.

Pegaso.

Entonces llegué al Oxxo más cercano. Aún no me bañaba. De vez en cuando olfateaba discretamente mi playera para asegurarme de que el olor a encierro no fuera demasiado evidente.

Mientras hacía fila encontré a un hombre discutiendo con la cajera.

Era una mujer baja de estatura, descuidada, cansada. Su hijo, de unos ocho años, coloreaba dibujos sobre una de las mesas junto al área de comida rápida mientras ella trabajaba.

El sujeto alegaba que en plena pandemia era una irresponsabilidad tener a un menor dentro de una tienda de autoservicio.

—Por eso nunca vamos a salir de este problema —repetía.

Hablaba indignado, aunque llevaba el cubrebocas azul caído debajo de la nariz.

Tomó su caja de cervezas y salió maldiciendo.

Al llegar al estacionamiento lo vi hablando por teléfono mientras bebía una lata y exhalaba humo hacia el cielo.

De regreso a casa escuché a Carla Bruni mientras manejaba entre calles vacías. Intenté encontrar alguna relación entre aquella escena absurda y mi propia tristeza, pero terminé pensando en Renata.

La imaginé en Venice Beach bajo un sol insoportablemente brillante, mirando el mar como si todavía pudiera llevarnos a cualquier parte.

Menos de vuelta a ese sillón.

Los angelinos ganaban en Anaheim aquel día.

Reny y yo subimos al paseo de La Sirenita dentro de una concha verde. Parecía que descendíamos lentamente hacia un océano oscuro lleno de peces fluorescentes, crustáceos felices y canciones que intentaban convencernos de que el mundo era un lugar amable.

Luego atravesamos el hocico de una enorme ballena.

La bruja del mar cantaba.

Renata apretó mi mano con fuerza.

La abracé.

Cuando el paseo terminó y Neptuno nos despidió levantando el tridente, ella me preguntó:

—¿Podríamos vivir este día todos los días?

Me quedé dormido justo cuando Víctor Van Dort acepta casarse con el cadáver.

Al despertar, las sombras del atardecer rodeaban el cerro del pez frente a la casa.

Todo estaba inmóvil. Silencioso.

Me puse una sudadera y bajé a preparar café.

Entonces descubrí que seguía dormido.

No había una planta baja.

Solamente enormes paisajes de desierto y arcilla.

El olor de la leña calentando casas de adobe regresó de golpe, como si catorce años desaparecieran en un instante.

Nunca terminé Don Quijote. Mi padre llevó alguna vez una colección ilustrada para niños.

Más de diez tomos llenos de dibujos simplificados de caballeros, molinos y gigantes.

Yo solamente quería colorearlos. Pinté a Rocinante rojo, verde, azul, amarillo. Me salía de las líneas cada vez que podía. Pero hubo algo que me dejó una tristeza extraña: las últimas páginas. Un Quijote enfermo, derrotado, muriendo lentamente.

Algunas ilustraciones me provocaban miedo real. Sentía que aquellas criaturas podían escapar del papel mientras dormía. Aunque, pensándolo bien, nada me ha atormentado tanto como mi propia mente durante los últimos veinte años. Tal vez por eso recuerdo tanto los colores. No como simples objetos, sino como pequeñas formas de ordenar el miedo. Cuando era niño, colorear era una manera de domesticar monstruos: pintar caballos imposibles, salirme de las líneas, decidir que un animal podía ser rojo aunque el mundo dijera que no.

Rocío era la estudiante de medicina que, para histología, compró un paquete de más de cien colores profesionales, mientras yo seguía usando los mismos doce que venían en una caja con Blanca Nieves y los enanos por el frente y una horripilante bruja por detrás.

Era la misma marca de colores con la que pinté los tomos infantiles del Quijote.

En ese entonces ella estaba obsesionada con 1984. Me hablaba una y otra vez sobre los ministerios, las prohibiciones, las formas en que un gobierno podía meterse dentro de la cabeza de las personas hasta modificarles la memoria.

Yo escuchaba sin entender demasiado.

En 1984 yo apenas tenía tres años y jugaba con luchadores de plástico pintados con sustancias seguramente llenas de plomo, mercurio o quién sabe qué demonios más. Pero era tan ingenuo que eso probablemente era lo único tóxico en mi vida.

Aquella noche en el servicio social la fiebre me abrazaba como una maldición.

Acostado sobre la litera superior del dormitorio, cada escalofrío hacía rechinar la estructura metálica. Intenté bañarme para sentirme mejor, pero no salió una sola gota de agua. Algo normal en los pueblos de terracería y adobe.

La mañana anterior, mientras llenaba historias clínicas con un viejo disco sonando de fondo —Último tango en París, decía Rocío que se llamaba—, una mujer irrumpió gritando dentro de la clínica.

—¡Me mordió el perro de Doña Martha!

Gloria, la enfermera, intentó detenerla para tomarle signos vitales, pero la señora avanzó directamente hasta el consultorio. Traía sangre escurriendo desde el muslo.

—Fue ese perro... el golondrino medio borrado.

La frase se me quedó grabada. Si el color de una golondrina podía describir a un perro, entonces un tordo también podía ser muchas cosas al mismo tiempo.

Ave. Caballo. Perro.

Un pegaso con colmillos.

Por insistencia de la paciente tuve que revisar al animal.

Lo encontré echado sobre una banqueta polvosa en pleno otoño. Levantó la mirada al verme y movió lentamente la cola.

Me acerqué.

Entonces empezó a gruñir.

No recordaba haberle tenido miedo a un perro desde aquella mañana previa a Halloween cuando todavía cargaba mi rompecabezas de las Olimpiadas de Los Ángeles con el águila sosteniendo la antorcha.

Un niño que pasaba usando la playera número nueve del Toluca me miró fijamente.

—Rufino muerde cuando no le caes bien.

Luego abrazó al perro.

El animal comenzó a lamerle la piel morena y reseca de los brazos.

El miedo siempre llega acompañado de recuerdos extraños.

No sé por qué, pero ver a Rufino me hizo pensar en el acorazado Bismarck.

Quizá porque alguna vez escuché que un luchador tomó inspiración de ese nombre para crear a Lizmark. O quizá porque la memoria humana funciona como un basurero incendiándose lentamente.

En uno de mis recuerdos más antiguos llevo puesta una máscara azul rey con plateado.

Mi padre me carga sobre los hombros mientras avanzamos entre una multitud hacia los vestidores de una arena de lucha libre.

Frankenstein camina encadenado. La gente le grita cosas. Se burla. Lo persigue. Muy cerca de nosotros, el monstruo se detiene. Luego gira lentamente. Todavía puedo ver su cara verdosa llena de sombras negras. Sus ojos hundidos mirándome directamente a mí. Sentí un terror absoluto. No solamente miedo infantil. Terror verdadero. Esa noche comenzaron las pesadillas.

La capa de vampiro que mi madre cosió con tela roja y negra esperaba colgada dentro del clóset.

El cuello rígido sostenido con cartón
parecía observarme desde la oscuridad.
Entonces aparecía la torre negra.
Las brujas.
Los aullidos.
La luna de octubre suspendida sobre
corredores interminables.
Un perro enorme enseñando los dientes
mientras la saliva le caía del hocico.
Y Frankenstein nuevamente frente a mí.
Sus manos verdosas rodeando mi cuello.
Los ojos rojos.
El perro ladrando con más fuerza
mientras mi miedo parecía alimentarlo.
Intentaba despertar y no podía.
Hasta que finalmente abría los ojos como
quien cierra un libro de golpe.
Llorando.
Empapado en sudor.
Con la sensación de que algo horrible
seguida escondido dentro de la habitación.





PARTE SEGUNDA





—Te dije que te lavarás las manos.

Rocío acomodó la jeringa mientras el medicamento entraba lentamente en mi cuerpo.

Después todo se volvió rojo. No un rojo brillante, sino un cielo espeso y oscuro, como si millones de células sanguíneas flotaran encima de mí. En medio de aquel paisaje no encontré gigantes ni molinos. Solamente casas de adobe. Casas deformándose.

Respirando. Transformándose en monstruos enormes de ojos ambarinos que parecían encenderse desde dentro.

Me golpeaban con puños de tierra endurecida. Me castigaban. Por destruir aquel nido de golondrinas en mi infancia cuando jugaba a ser un detective con pistola roja trepado en los árboles.

Hay culpas tan pequeñas que solamente la conciencia recuerda.

Esa misma noche, en una comunidad cercana, un trailero drogado golpeaba brutalmente a su esposa.

—Ese niño no es ningún monstruo.

Le gritaba mientras la azotaba contra el piso.

—¡Por eso le pusimos Ángel!

La mujer se protegía como podía usando los brazos mientras las niñas observaban aterradas desde la habitación contigua. El hombre olía a cerveza, sudor y cocaína. Tomó a su esposa del cabello y le golpeó la cara.

Luego le ordenó que preparara la cena.

Como si nada hubiera pasado.

En la pequeña habitación las niñas intentaban calmar al bebé, que lloraba cada vez con más fuerza.

El hombre encendió el televisor para mirar el partido entre Tigres y Querétaro.

Destapó otra caguama. Inhaló cocaína sobre la mesa.

Después pidió más leña porque tenía frío. La mujer salió hacia el patio trasero. Tomó un tronco grueso y lo colocó sobre una base de madera para partirlo. Entonces pensó algo que probablemente llevaba años creciendo dentro de ella: Odiaba a ese hombre más que a cualquier cosa en el mundo. Tal vez alguna vez lo amó. Pero ese odio era ahora el sentimiento más puro que le quedaba. La posibilidad de matarlo no le producía culpa. Le parecía descanso. Lo encontró medio dormido frente al televisor. La pistola descansaba sobre una mesa pequeña junto al sillón. El primer golpe con el leño lo derribó inmediatamente. Desorientado, el hombre intentó levantarse buscando el arma. Lo que encontró fue el filo del hacha enterrándosele en el hombro derecho. El grito llenó la casa. La sangre empezó a brotar sobre el piso. Ella siguió golpeándolo. El hombre logró ponerse de pie usando solamente un brazo y lanzó una patada desesperada para alejarla.

Arrancó el hacha de su propio cuerpo.
Entonces ella tomó un cuchillo de cocina.
El mismo con el que había cortado cebolla minutos antes.
Cuando él intentó abalanzarse otra vez,
la hoja se hundió en el abdomen.
Moribundo, salió tambaleándose hacia la camioneta.
La mujer lo siguió apuntándole con la pistola.
Las llaves se le resbalaron entre los dedos llenos de sangre.
Retrocediendo lentamente, él le dijo:
—Mejor mátame... porque si me dejas vivo voy a matarte a ti, a tus hijas y hasta a ese pobre angelito.
Después se dejó caer contra una pila de adobes.
La mujer vació el arma sobre su cuerpo.
Sin detenerse.
Sin llorar todavía.
Cuando ya no hubo balas empezó a lanzarle piedras.
Grandes.
Pesadas.
Desesperadas.

Su hija mayor se acercó llorando, tomó una piedra enorme y la arrojó contra la cabeza del hombre.

El cuerpo cayó hacia un lado.

Entonces sí comenzaron los sollozos.

Madre e hija se abrazaron mientras el bebé seguía llorando dentro de la casa.

Echaron algunas cosas a la camioneta y huyeron durante la madrugada.

La pesadilla continuó.

Alguien golpeó desesperadamente la ventana del dormitorio.

—¿Está aquí el médico?

Era Don Manuel. Bajé de la litera sintiendo el cuerpo destruido, como si los monstruos de adobe realmente me hubieran golpeado durante toda la noche. Manuel fumaba como siempre. El cigarro descansaba detrás de su oreja derecha.

—Vienen los ministeriales. Hay que levantar un cadáver. Me tallé la cara intentando despertar. Le pregunté si todavía tenía tiempo de bañarme antes de salir. Don Manuel movió la pequeña palanca de la bomba de agua y sonrió apenas. —Ahora sí hay agua.

Fue entonces cuando comprendí que la fiebre me había hecho olvidar algo tan simple: la bomba estaba apagada. Entré a bañarme. Encendí el televisor.

Solamente había un canal en todo el pueblo. Sin necesidad de mirar el reloj supe que eran las doce y media: estaban transmitiendo fútbol desde Ciudad Universitaria.

Mientras me vestía entendí algo peor.

Rocío me había inyectado dos días antes.

Dos días completos sin levantarme realmente de la cama. Dos días atrapado entre fiebre y pesadillas. Afuera escuché encenderse el motor de la ambulancia. Basilio revisaba el vehículo con tranquilidad absoluta. Cerró el cofre y subió al asiento del conductor.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A una comunidad que se llama Los Adobes. El nombre me heló el cuerpo.

Subí colocándome un chaleco naranja con reflejantes que colgaba junto al tanque de oxígeno. —¿Y qué vamos a hacer exactamente?

Basilio arrancó la ambulancia.

—Nada más revisar al muerto. Decir cómo se murió. Cuánto tiempo tiene muerto. Esas cosas.

Guardé silencio unos segundos antes de admitir algo que no quería aceptar:

—No sé un carajo de medicina legal.

Basilio soltó una carcajada.

La verdad era que en la facultad nadie nos enseñó realmente nada útil.

La profesora solamente proyectaba videos de asesinatos, terremotos y accidentes. Cadáveres apilados en estadios de béisbol. Heridas abiertas. Moscas.

Su clase favorita consistía en salir en noticieros explicando tragedias locales.

Tiempo después participé en algunas autopsias improvisadas con un residente de cirugía.

Ni siquiera supimos de qué murió aquel hombre.

El sujeto que dirigía el procedimiento ni siquiera era médico.

Contestaba llamadas en su celular usando los mismos guantes llenos de fluidos humanos.

Basilio detuvo la ambulancia frente a la tienda más concurrida del pueblo.

Compró refrescos.

—Mientras más azúcar tengan, mejor.

Desenroscó la tapa y tomó un trago largo.

Luego se acomodó las gafas oscuras.

—Al tipo lo mató la esposa. No hace falta autopsia para saberlo.

Bebió otro trago.

—El viernes pasado usted revisó a un bebé que nació muy enfermo. Ese niño es el nieto del muerto.

Guardé silencio.

—La gente dice que parece monstruo. Que tiene garras. Que nació así porque el viejo abusó de su hija.

La carretera parecía interminable.

Entonces le confesé a Basilio algo que jamás le había contado a nadie. Le hablé de las pesadillas. De aquella noche previa a Halloween de 1984. A veces sueño que sigo usando la capa de vampiro que hizo mi madre. Pero ya no soy un niño. Soy una especie de sacerdote. Voy visitando enfermos terminales y personas abandonadas.

No para ayudarlas. Para castigarlas. Una vez soñé que arrastraba a un indigente hasta una casa abandonada.

Lo sentaba frente a una mesa podrida.

Después clavaba sus manos usando martillo y clavos oxidados.

El hombre gritaba hasta quedarse sin voz.

Luego pateaba la mesa. Sus brazos se desprendían.

Y desde el hueco abierto en su pecho emergía una criatura horrible: un demonio amarillo con forma de dragón humanoide arrastrando las manos por el suelo mientras el cuerpo parecía arder vivo. La criatura venía por mí. Siempre por mí.

Cuando terminé de hablar, Basilio me miró en silencio.

Luego sacó del bolsillo tres dulces.

Chicle.

Caramelo.

Y un "Cachito".

—Creo que además de un psiquiatra también necesita un sacerdote, doctor.





PARTE TERCERA



Aquellos últimos días de octubre en mi infancia permanecen borrosos. No sé si dejé de ir a la escuela por la fiebre o por el miedo.

Tal vez por ambos. La mañana del treinta y uno de octubre mi madre me llevó al centro usando aquella capa de vampiro negra y roja que había cosido para mí. Recuerdo perfectamente el ruido de las tiendas, las canciones de temporada, el olor a algodón de azúcar y plástico nuevo. Entonces la vi.

Entre los aparadores apareció una mujer delgada con el cabello entre rojo y naranja, exactamente del mismo tono que el lápiz labial que delineaba su sonrisa.

Llevaba un sombrero puntiagudo adornado con una hebilla amarilla de papel brillante.

Parecía una bruja salida de una película barata de Halloween. Pero hermosa.

El flequillo rojizo caía sobre una de sus cejas oscuras. Sus ojos rasgados tenían sombras plateadas y negras que la hacían ver peligrosa y amable al mismo tiempo. Vestía terciopelo negro. Las mangas amplias dejaban ver sus manos pálidas terminadas en uñas moradas.

Las medias oscuras estaban ligeramente rasgadas en una pierna. Y sus tacones rojo marrón golpeaban el piso al ritmo de Thriller. Creo que ese fue el primer recuerdo de atracción femenina que tuve en mi vida.

La mujer sostenía una enorme calabaza naranja llena de dulces. Cuando pasé frente a ella me miró directamente. Sonrió. Todavía recuerdo los hoyuelos marcándose en sus mejillas. Metió la mano dentro de la calabaza y sacó tres dulces. Me acerqué hipnotizado. Eran tres "Cachitos".

Muchos años después escuché a un hombre decir en una cantina:

—Una vez que una pelirroja entra a tu vida, ya nada vuelve a ser igual.

Nunca olvidé esa frase. Tal vez porque era cierta. Tal vez porque aquella bruja quedó atrapada para siempre dentro de mis recuerdos, igual que Frankenstein, igual que la capa, igual que los monstruos de adobe.

Mientras la fiebre consumía mis días en el servicio social, pensé nuevamente en ella. Pensé también en Winston Smith siendo perseguido por el Ministerio del Amor. Y en cómo ciertos recuerdos permanecen vivos aunque uno pase décadas intentando enterrarlos. Intenté recordar a todos los bebés que había revisado esa semana. Ninguno parecía un monstruo. Ninguno tenía garras.

Ninguno se parecía a las historias absurdas que circulaban en el pueblo.

Basilio sonrió cuando le dije eso.

—Los monstruos no existen, doctor. Lo que sí existe es la gente hablando.

La carretera seguía avanzando entre oscuridad y polvo. Entonces pensé en las dos mujeres que llevaron al recién nacido a consulta.

La abuela respondía todas las preguntas. La adolescente solamente observaba en silencio. Recuerdo que por momentos pensé que era muda. Hasta que finalmente respondió algo. —Sí.

Tenía diecisiete años. Y se llamaba Teresa.

Cuando llegamos a Los Adobes, Don Manuel ya discutía con los ministeriales. Eran tres hombres vestidos de civil hablando de fútbol como si estuvieran afuera de una cantina y no frente a una escena de homicidio.

Uno de ellos se presentó como el Comandante y Representante Ejidal al mismo tiempo. —Doc, le presento al Barbas.

El cadáver descansaba recargado sobre una pila de adobes húmedos. Había llovido durante la noche. Las huellas alrededor del cuerpo parecían caminos deformes marcados sobre el lodo. La barba y el cabello estaban llenos de sangre seca y tierra. Tenía el rostro destruido. Un ojo completamente deshecho.

Parte del cerebro expuesto a través de una abertura enorme en la cabeza donde ya comenzaban a reunirse las moscas.

El hombro derecho estaba prácticamente separado del cuerpo por el hachazo. Varias heridas de bala atravesaban el pecho y el abdomen.

El cuchillo seguía enterrado. Los nudillos destrozados indicaban que intentó defenderse hasta el final.

Resultaba extraño ver a un hombre tan grande reducido a un montón de carne derrotada junto a una pared de adobe desmoronándose lentamente.

La sangre alrededor del cuerpo comenzaba a coagularse formando una laguna oscura.

Mientras revisaba el cadáver recordé al recién nacido. Su pequeño pecho moviéndose apenas bajo el lanugo espeso que cubría el cuerpo.

La abundante cabellera. El pedazo de jabón colocado sobre la fontanela como una superstición absurda para protegerlo.

Y entonces comprendí algo.

Mientras yo soñaba con monstruos imaginarios castigándome por destruir un nido de golondrinas, este hombre había construido monstruos reales dentro de su propia casa.

Nos marchamos mientras el forense levantaba el cuerpo. En el radio local anunciaron que la mujer se había entregado voluntariamente en Galeana después de dejar a sus hijas con una hermana. Decía no sentir remordimiento. Juraba que, si el hombre seguía vivo, regresaría para terminar de matarlo con sus propias manos. El verdadero motivo apareció poco después.

El muerto había embarazado a la niña de diez años.

La familia llevaba tiempo ocultándolo.

Incluso hicieron pasar a la adolescente de catorce como la madre del bebé.

Me senté afuera de la clínica observando la tarde caer sobre el pueblo.

La imagen del Frankenstein de la lucha libre y la del Barbas destrozado frente a los adobes comenzaron a mezclarse dentro de mi cabeza.

Como si una hubiera anunciado a la otra desde muchos años atrás. Entonces un automóvil se estacionó bruscamente junto a la ambulancia.

Rocío descendió molesta del lado del copiloto. Traía lentes oscuros y el cabello teñido de rojo. Antes de cerrar la puerta le gritó a su novio: —¡Ya deja de textear “Inturbide”! —Es Iturbide... sin la “N” de “No te quiero volver a ver”. Azotó la puerta.

Luego caminó hacia mí sonriendo como si nada hubiera pasado.

—Hola, buenas tardes. Le ofrecí un “Cachito”.

Entramos a la cocina de la clínica para tomar café. Le conté que no vivía una noche tan extraña desde Halloween de 1998, cuando pasé horas escribiendo mi primer cuento: La vida inútil de un perro azul.

Aquella madrugada MTV transmitía videos de Marilyn Manson mientras yo intentaba escribir algo que ni siquiera entendía del todo.

Rocío continuó hablando de 1984. Decía que quizá el ser humano promedio llega a los cuarenta años completamente domesticado. Como si para entonces el mundo ya hubiera terminado de lavarle el cerebro.

Afuera comenzaba la Noche de Brujas. “El rumbo de tus sueños” sonaba a lo lejos. Después de tantos años sigo pensando en todo aquello. En la tienda de autoservicio. En Renata. En Frankenstein. En la bruja pelirroja. En los monstruos de adobe. En los bebés que nacen dentro de pueblos llenos de secretos. En las pesadillas que regresan sin pedir permiso. Y comprendí algo que no había entendido nunca.

No estaba atrapado viviendo el día correcto.

Seguía atrapado en el origen de todos mis fantasmas.

Ese era mi verdadero mundo.

No la fiebre.

No Halloween.

No los monstruos.

La tristeza.

La sensación de cargar algo roto dentro de uno mismo durante demasiados años. Tal vez por eso corrí tantas mañanas. Tal vez por eso nunca lograba concentrarme del todo.

Ver nuevamente El cadáver de la novia no era nostalgia. Era regresar al sitio donde comenzó todo. Ahora lo entiendo.

Lo acepto.

Lo dejo marcharse.

Y espero, algún día, despertar finalmente de aquella noche de 1984.







editorialdwarfworks.com
© 2025. All rights reserved.